

PINTURA

Modest Cuixart, la escritura del arte

MODEST CUIXART
Galería Alfama
Serrano, 7, Madrid
Hasta el 19 de noviembre
De 500.000 a 14.000.000 de pesetas

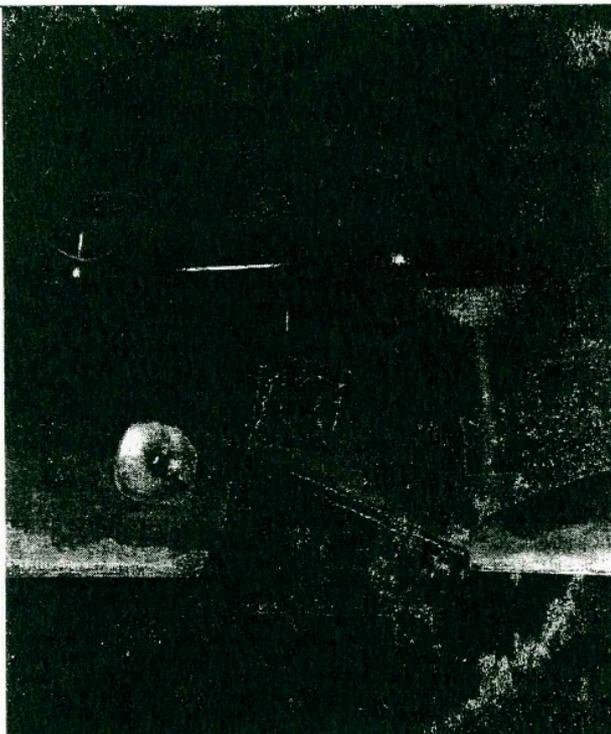
MODEST Cuixart es eso, un rastreador que tiene ojos en toda su estatura, que puede mirar por delante, por los lados, por detrás y descubrir las huellas que precisa para interpretar. Sus iris son tan percutientes que atraviesan al interlocutor, le radiografían, advierten un posible punto débil, su talón de Aquiles, por donde conquistar su lejanía. Modula las palabras con varios acentos coincidentes, lo que añade mayor encanto a su dicción. Sus modos son la misma discreción, lo que no impide que su mano toque ligeramente otra mano, un antebrazo, un hombro, que su boca se aproxime a un oído con intimidad. Crea a su alrededor una atmósfera distendida, apta para la conversación, muy propicia a la anécdota. Tiene un contrastado sentido del humor. Y al mismo tiempo, paradójicamente, es reservado y secreto. Así se manifiesta la persona de Modest Cuixart, que lleva entre nosotros desde 1925 y habitó suficientemente el espacio de li-

bertad que informó el esplendor provocador del grupo Dau al Set.

Pero avancemos unos pasos hacia su interior. Crucemos esa parte de su vida y entremos en las certezas que nos da su parte insobornable, la pintura, teniendo en cuenta los diversos componentes de su personalidad que completan y protegen el núcleo mismo de su quehacer, consiguiendo que se exprese con una fuerza, persistencia y rotundidad resueltas hoy en un definido carácter pictórico.

Cuixart, como artista, no ha dejado nunca de investigar. Ha sentido en su piel los malestares de su época, los sociales y los personales. Los ha sentido dentro de la materia misma de un trabajo que siempre realizó concienzudamente buscando en cada camino la recuperación de unas calidades técnicas tanto en los ritmos ascendentes de una subrealidad magista, como en los descendentes de Dadá, en los que la reversión de la estética saneó actitudes congeladas, y en el informalismo de luces líricas, también en su muy personal y sorprendente figuración.

Por todo ello, Cuixart puede presentárnoslos ahora como un artista diferenciado, sólido, interior, que empuja, dentro de paisajes de una coloración refinada, series de elementos, de signos que se cierran sobre sí mis-



Mocoil, acrílico sobre tela de 1999

mos, como esas perlas o esferas que flotan o pesan buscando equilibrios imposibles o esas masas calcáreas que se ubican en la parte inferior de las composiciones, significando una nueva y antigua tierra a la vez, confirmando claramente un descenso, alzando los horizontes y constituyén-

dose en una taquigrafía cuya clave sólo posee él. Taquigrafía que nos gusta admirar porque contiene una personalidad, un estilo, ese «algo» irreductible que separa las obras de arte del mundo de los objetos.

Adolfo Castaño

Las obsesiones minimalistas de Greg Bogin

GREG BOGIN. «ENVIRONMENT ENHANCEMENT PANELS»
Galería Javier López, Madrid
C/ Manuel González Longoria, 7
Hasta el 30 de enero
De 704.000 a 1.480.000 pesetas

SIGUIENDO su línea de presentar artistas vinculados a la tradición minimalista norteamericana, la galería Javier López expone ahora en Madrid el trabajo de Greg Bogin (Nueva York, 1965), quien desarrolla con humor e ironía las consecuencias formales de este movimiento. Su trabajo se centra en esa obsesión minimalista de que la pintura es una superficie de color y que todo lo que la pintura quiere decir está expresado en dicha superficie de color. Como repetiera Frank Stella «mi pintura se basa en que lo único que hay es lo que se ve». Esta idea permitió explorar los fundamentos lingüísticos de la pintura y de la escultura, partiendo de las formas más simples y de las combinaciones más sencillas de colores. Sin embargo, una elemental crítica feno-

menológica advirtió de inmediato que lo que hay es más que lo que hay, y que lo que se ve siempre nos evoca, sugiere o suscita en nosotros algo diferente de lo que se ve. Por más que nos limitásemos a pintar dianas o banderas, como meras superficies de color -como hacía Jasper Johns-, o equilibradas composiciones cromáticas de negro sobre negro -como hacía Stella-, era evidente que éstas evocaban siempre algo diferente de la mera superficie de color.

Bogin desarrolla su relación con la pintura y la escultura en un sentido semejante. Partiendo de apilamientos formales de cubos de color, construye esculturas que recuerdan las reflexiones sobre la estructura del cubo de Sol LeWitt o las series de cajas de Donald Judd, de las que todo elemento narrativo ha sido deliberadamente eliminado. De modo parecido trabaja en sus pinturas, a las que da un acabado formal de aparien-

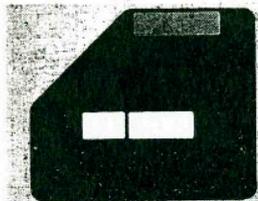
cia casi industrial, jugando con la iconografía de los logotipos comerciales. A Bogin le divierte mucho esta recreación del ambiente de los modernos stands de las ferias de muestras o de las oficinas comerciales de la moderna industria y por eso presenta en esta ocasión una serie de «paneles para realzar ambientes» -tal como se titula su exposición-, abundando irónicamente en el sentido puramente ornamental y decorativo de la pintura.

También entre nosotros hay artistas que han desarrollado ideas semejantes. Desde hace ya varios años Rogelio López Cuenca viene trabajando sobre las posibilidades expresivas de los paneles de tráfico, las señales de circulación y los logotipos industriales, trastrocando sus mensajes en un sentido deliberadamente poético. Greg Bogin se limita a explorar más bien las posibilidades expresivas de la forma y el color, aun cuando juegue

con la idea de que su iconografía es de alguna manera legible. Para él es más interesante sin embargo el aspecto ornamental de su trabajo. También en este sentido hay entre nosotros un artista que desarrolla una línea de investigación semejante. Pablo S.J. Moreno presentó el año pasado en el Salón de los Refractorios una obra compositiva, que el consumidor puede encargar y componer a su gusto, en la que la pintura trabaja irónica y deliberadamente al servicio de la decoración del entorno burgués, con agradables paneles decorativos en bellos y amables colores satinados.

Que dos artistas hayan coincidido, en entornos tan diferentes como Madrid y Nueva York, de un modo independiente en soluciones semejantes, simplemente quiere decir que ambos trabajan sobre un mismo problema: el del agotamiento formal de la pintura y el milagro de su supervivencia, gracias a la necesidad burguesa de seguir decorando, de alguna manera, ese espacio difícil de llenar que queda en la pared encima del sofá. De ahí el carácter irónico de su solución.

Miguel Corceda



Panel 6, acrílico y esmalte sobre lienzo